

# Entre la erudición y la sabiduría

Por Emilio Barreto

En una entrevista de inicios de los noventa, el escritor uruguayo Juan Carlos Onetti (fallecido poco después a una edad bastante avanzada) intentó aproximarse al tema de la soledad del escritor. El acercamiento resultó velado y se enrumaba un poco más hacia un subtema dentro del planteado: el tiempo que dedica el intelectual de la literatura al proceso de la redacción, esto es, la creación. En concreto, Onetti, el novelista de oficio tangible, tan respetado por la generación del boom latinoamericano –a la cual perteneció– narra sus discrepancias con Mario Vargas Llosa acerca de si es imprescindible, importante, significativo, utilitario... adquirir el hábito, la disciplina, de escribir diariamente, algo que el segundo ha defendido siempre contra viento y marea.

El tema en cuestión, observado únicamente en, desde y hacia la arista de la plasmación de la obra literaria, a mí me parece desde pueril hasta simplón, porque ha habido grandes escritores que no han sentido la necesidad de escribir tan siquiera una página cada día. (El mexicano Juan Rulfo, por ejemplo, quien sólo publicó un par de libros, es para muchos –y por un sinfín de razones valederas– unas de las voces más grandes de la narrativa en lengua española en la segunda mitad del siglo XX).

Pero el debate sí alcanza enormidad cuando se le imprime, no por añadidura y sí como lo inmanente, el medidor de la ética. ¿Por qué se le dedica, en términos globales, tiempo –poco, mediano o mucho– al mundo del intelecto: desde la investigación y la lectura por ocio (y en un escritor esto es discutible) hasta la redacción de textos sean o no literarios?



La pregunta, encaminada por ese sendero, aparta de bandazo cualquier divismo o vedetismo del intelecto para alzar en hombros el servicio, o sea, la vocación por la entrega educativa.

Dicho sea de paso, la interrogante también consigue tironear unas cuantas relaciones que nos invitarían a realizar paradas animosas en el concepto cultura, hoy tan englobante, y englobado –diría mejor inflado– desde las reducciones impuestas por las especializaciones profesionales, sobre todo desde las actividades dedicadas a la promoción de la cultura y el arte. A este asunto me dedicaré en breve.

Las sociedades modernas están diseñando un intelectual de nuevo tipo, por demás muy vulnerable en cuestiones de obtención de una cultura general apreciable. El problema se nos venía encimando, como en lontananza, desde la segunda mitad de los cincuenta del siglo XX y está muy ligado a un fenómeno que se conoce como la explosión de la información.

Es muy bueno llegar a la erudición. La erudición es acumulación de conocimientos que conlleva la concatenación armónica de todos para una comprensión adecuada de la totalidad de los fenómenos sociales. De inicio, la erudición demuestra proclividad, sensibilidad por el conocimiento. En el intelectual es mucho más importante en tanto constituye cimiento de solidez apreciable de frente a cualquier empeño literario o artístico. Mucho de erudición deberían procurar, como lo inmanente, los promotores culturales del posmodernismo.

El promotor cultural no juega un papel en la divulgación de la cultura, mucho menos dentro de la especialidad artística en la que le toca irradiarse como gestor de opciones, de radios de acción, de *management*. El promotor del arte

y la cultura, como *manager*, está llamado a desarrollarse como previsor, especialista de luces largas, capacitado para diseñar estrategias culturales de aliento fundacional, aún cuando sea llamado para continuar una obra. Pero ni siquiera para constituirse en previsor la erudición basta; se necesita de la sabiduría.

**Entiendo la cultura como la sumatoria armónica que comienza en la erudición – que debería ser orgánica y no de conocimientos parciales como consecuencia de las especializaciones – y se completa con la sabiduría**

En términos de corporeización, la sabiduría viene a completar a la verdadera persona culta –que para nada quiere decir persona de la cultura. La persona culta emplea la erudición en proyectar una tarea dentro del mundo del conocimiento y para el mundo del conocimiento. Proyectar una tarea es un empeño desprendido del sofisma que anuncia una frase tan pedestre como jugar un papel. El promotor cultural, el escritor, el artista, el intelectual, donde deba realizar la misión encomendada, es, incluso, mucho más allá de las esencias, una persona, como diría Jorge Manach en La crisis de la alta cultura en Cuba, con una “nobleza de luces” infinitamente superior a la mera labor de la difusión superficial, estigmatizada por el conocimiento limitado a las cuatro paredes de la especialidad cultural o artística que le corresponde divulgar. Esa “especialización”, fruto seco de la burocracia posmoderna, produce encandilamientos de magnitudes tales que ni por ilusión óptica, o por alucinaciones de la mente, permiten atisbar la virtualidad de la cuarta pared dentro de la promoción en el universo del arte y la cultura. La persona de cultura bien formada atesora conocimientos de historia, filosofía, política, artes, teología... en niveles que ascienden mucho más allá de lo rudimentario.

*El artista, el intelectual, el promotor cultural de formación sólida lleva en su ser y muestra en su actuar el redondeo de un legado intelectual notorio, conducente a un objetivo ético: el servicio al prójimo. Ese legado, de naturaleza altruista, necesita contar con un respaldo funcional que sepa reconocer y estimular lo que pudiera y a quien pudiera llegar a ser un baluarte de la cultura de alcance nacional.* En esto –con regodeo magnífico lo digo– suelen converger pensadores tan disímiles como nuestro Jorge Mañach en el ensayo ya citado y el italiano Antonio Gramsci con la práctica de un periodismo ensayístico de ribetes merecedores de la memoria colectiva. A Gramsci lo traigo a colación luego de una degustación del libro de ensayo Sociedad civil y hegemonía del doctor Jorge Luis Acanda. El ensayo de Acanda ha sido publicado, en el 2005, por el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello.

Para Gramsci la cultura es “organización”. Se trata de una minuciosidad del “yo interior”, esto es, un “apoderamiento” de la mismidad que, en definitiva, es la única vía que tiene la persona humana de alzar su conciencia en forma de plenitud. Esa elevación de la conciencia es franca vía de acceso para no sólo entender sino comprender el valor histórico de la individualidad propia y la del prójimo. (Y esta afirmación nos llevaría a insuflarle a la minuciosidad de la cultura como organización no únicamente el apoderamiento de la mismidad, también el de la otredad. Porque la cultura, como fenómeno social de matiz identitario, se forja en el intercambio de roles simultáneos en un mismo plano. Estos roles son los individuales y los sociales). En resumen, para Gramsci, la cultura no es erudición (acumulación de datos, o conocimientos), sino modo de pensar. Y, añadiría yo, la cultura se fragua cada día en el estilo de predicar los conocimientos acumulados. La relación entre el conocimiento diverso acumulado y el estilo de predicar constituyen lo inmanente en la persona culta.

A estas alturas, en el presente texto sólo me resta ponderar las mediaciones. Soy un convencido de la obligatoriedad de analizar las mediaciones cuando nos hallamos ante el esfuerzo de reflexionar sobre la cultura. En el terreno de la investigación acerca de la creación y la promoción dentro del arte y la cultura, la visión que se tenga, o la conceptualización que se haga del arte y la cultura por separados afloran como las justas mediaciones para el análisis. A la cultura, sobre todo, se le debe mirar más de cerca porque manifiesta una vulnerabilidad demasiado visible a partir de la acción repetida de apellidarla atropelladamente: hoy todo es cultura; el relativismo nos obliga a vivir inmersos en la cultura del ocio, la cultura de la muerte, la cultura del eros, la cultura de las autopistas de la información...

De cualquier manera, y aunque los apellidos son ciertos, el nombre, a mi juicio, reclama una renominación que nos permita hablar, primeramente, de la cultura como una globalidad que atesora los conocimientos nobles más diversos sobre los fenómenos sociales destinados a ayudar en la solución de aquellos otros fenómenos que no consiguen despedir el aroma de lo noble. En segundo lugar, y como justo planteamiento del primero, es preciso proceder a una nueva nominación de los flagelos existencialistas citados en el párrafo anterior. Luego, debería hablarse de la contra-cultura del eros a ultranza explicitada, hasta más allá de la saciedad de lo gratuito, en los medios masivos de comunicación, de la contra-cultura de la necedad y la ramplonería conformadoras del ocio blandengue e improductivo que promueven los programas televisivos concebidos a la manera del reality show y la literatura de Serie B, de la contra-cultura de la muerte manifestada en la promoción de las supuestas



libertades individuales que brinda el suicidio asistido. La contra-cultura de la muerte se enseñorea hoy en las grandes pantallas de Occidente con obras de factura artística notable y desempeños dramáticos de encomio.

Estos son algunos de los ejemplos de la creación artística y la promoción cultural como mediaciones del relativismo.

Vistos así tales asuntos, entiendo la cultura como la sumatoria armónica que comienza en la erudición –que debería ser orgánica y no de conocimientos parciales como consecuencia de las especializaciones– y se completa con la sabiduría a través de otras dos mediaciones importantes: el talante de la individualidad y el tiempo racionalmente dedicado al mundo del conocimiento. No hablo del tiempo para escribir a diario porque constituya una disciplina. Con ello se corre el peligro de convertir el espacio individual del intelectual en una fortaleza infranqueable incluso dentro del espacio familiar. “Este es mi espacio”, suele pregonar el intelectual de la literatura y el arte imbuido de los rigores del merchandise. Y en no pocas individualidades ese espacio de acceso denegado tiene casi veinticuatro horas diarias.

Lo ideal es que el intelectual trabaje y ejerza la cultura provisto del sentido de lo racional, o sea, de lo humano, para que su labor halle sitio dentro de los cánones de la entrega ética. Allí, donde la cultura sea un proyecto con nobleza de luces.